

LA MADRE DE FAMILIA.

[REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—*La flor, la aurora y la fuente*, poesía, por A. Fernandez Grillo.—*¡Hay más allá!* novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Resignacion*, por X.—*Leonтина*, por Matilde Bourdon.—*Correspondencia*.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

¡La apariencia! ¡siempre la apariencia! Esta es la gangrena de nuestro buen siglo XIX; apariencia en artes, apariencia en ciencias, apariencia en riqueza y en virtudes, apariencia en todo; en el fondo nada, menos que nada, cieno!

Hé ahí el gérmen de todos los vicios, que las madres deberíamos combatir y estirpar.

¡No olvides que lo menos produce siempre lo más! No olvides nunca Enriqueta, que el hombre ha sido niño. Cuando le encuentras malvado, búscale en su niñez, búscale en el regazo de su madre, y hallarás en el alma de esta el origen de sus perversidades, con la gradación, el progreso y la trascendencia que arrastran consigo la ley de la naturaleza y la marcha inevitable de los tiempos. Las ligerezas de la madre serán defectos en los hijos, serán crímenes en los nietos. Ahí está la historia; pregunta quiénes fueron las que dieron el sér á héroes sábios ó tiranos, y con muy pocas escepciones, siempre hallarás la respuesta favorable á mis ideas. Un rio atraviesa muchas y distintas tierras, pero sus aguas siempre conservan el sabor y las propiedades que le ha comunicado la roca de donde nace.

Insisto sobre este punto, é insistiré muchas mas veces, porque lo creo tan trascendental, que de el depende la ruina ó la salvacion de nuestra sociedad; de nuestra sociedad, que ¡ay! por desgracia es demasiado cierto, que se va abalanzando paso á paso al precipicio.

Aunque habito aquí escondida, el rumor del malestar general ha llegado á mis oídos, como llega á los del campesino encerrado en su cabaña, el rumor de las olas de la mar que está agitada. Tengo libros además, leo y he leído mucho. He devorado todas las obras de reforma social que han llegado á mis manos, y al finalizar cada obra, me he dirigido siempre á mí misma la idéntica pregunta. —¿Por qué los hombres, hoy que están como nunca abstraídos por sus maravillosos inventos, por sus combinaciones científicas, por sus cálculos profundos, por qué se ocupan tanto de la mujer, que privadamente desdeñan? En efecto, nunca se han escrito tantos libros en su favor; nunca ha habido tantas voces elocuentes que proclamasen su importancia y sus derechos, nunca se han hecho tantos esfuerzos para levantarla en el concepto general. Ah! lo que se quiere es levantar por que está caído, Enriqueta! Cuando la mujer tenía verdadera significación en la sociedad, nadie pensaba en enaltecerla.

Pero hé aquí otra pregunta que yo me hacía á mí misma. ¿Como el esfuerzo de tantas inteligencias pensadoras, como tantos preceptos sábios, tantos consejos prudentes, no obtienen ni el más pequeño resultado, desprestigiándose tanto más la mujer, cuanto mas procuran ensalzarla?.

¡Ah! es porque esta misión salvadora está fuera del alcance de los hombres; es porque su palanca, que puede levantar montañas gigantescas, es no obstante impotente para dar impulso al mas pequeño átomo de la organización social; porque Dios, al dar á cada sexo su poder y sus atributos, nos ha entregado á nosotras el arca sacrosanta de las instituciones morales, y solo nosotros poseemos su misteriosa llave; solo nosotras podemos esparcir el bien y el mal que se hallan encerrados en su fondo.

XXIII.

Oyeme bien, Enriqueta, prosiguió la abuela; podrán ser falsos mis raciocinios, pero es ta fé, es la profunda convicción la que dicta mis palabras.

Oyeme bien: á las madres de familia toca formar una cruzada, á ellas toca reunirse enarbolando y militar bajo una bandera sacrosanta: la bandera de redención, y difundir su salvadora doctrina por todos los ámbitos de la tierra; de alto á abajo; desde la corte á la ciudad y á la aldea; desde el palacio á la cabaña; á los talleres y á los cortijos; á los montes á los valles, por doquiera.

¡Sábios legisladores, no os afaneis en morigerar al pueblo, unicamente por medio de la instrucción y la doctrina: dad participación á las madres en vuestra piadosa obra, porque el pueblo es también niño, y más pronto percibe los destellos del alma que las luces de la inteligencia, y el ejemplo le moraliza mejor que los preceptos.

Formemos de cada hogar doméstico un santuario, y la civilización podrá ser un hecho, y podrán tal vez no ser utopías de imaginaciones calenturientas, el que todos los hombres de la tierra sean hermanos, que la paz, la justicia y la virtud, vengán á establecer su trono entre nosotros...

Para hinchar las velas de la nave social, que zozobra bajo el peso de tan encontrados sistemas, no hace falta mas brisa que la brisa del amor... ¡Amor santo, que nosotras solas atesoramos: luz sublime á cuyo resplandor se iluminan las tinieblas mas profundas!...

Madres, madres, el cielo está oscuro, el viento ruje, el rayo centellea, la destrozada nave se sumerge... ¡Pronto... corred á ampararos del timón... pronto, corred á izar su blanca vela, y conducirla por entre los escollos al seguro puerto... Pero, oid como, oid, oid!

Purificando antes vuestras almas y educando para el bien las almas de vuestros hijos... Las almas de vuestros hijos que son las vuestras; las almas de vuestros nietos que son las vuestras también, como son unas mismas las diferentes llamas de una hoguera que acaban por confundirse en una sola.

(Continuara.)

Angela Grassi.

LA FLOR, LA AURORA Y LA FUENTE.

En mi jardín, dó el ambiente
cándidas flores mecia,
una fuente se veía
limpia, pura, trasparente.

En su márgen una flor
esbelta se levantaba,
mientras la fuente lloraba
con su perpétuo rumor.

El alba llena de amores
perlas en la flor vertía,
y el agua reproducía
sus perlas y sus colores.

Amaba á la flor la aurora
mas la flor la desdeñaba
y esquiaba se columpiaba
sobre el agua bullidora.

Pinta en su cristal la fuente
su imagen gallarda y bella,
como copia el mar la estrella
en su linfa trasparente.

Y en los ramajes espesos
los céfiros resbalaron
y allá en su cáliz dejaron
perlas, lágrimas y besos.

Pobre flor! no comprendía
que era la fuente su espejo,
y que del alba el reflejo
más hermosa la volvía.

Auras besaron su frente
la dijeron «eres bella»
y envanecida descuella
á los bordes de la fuente.

Sin los rayos de la aurora
¿qué fuera de su hermosura?
¿quién la daba la frescura
sino la fuente sonora?

La ingratitud y el desden
su fragancia envenenaron
y marchita la dejaron
al rodar por el eden.

El alba nace y la olvida,
la fuente no la hermosea,
¡Ay de aquel que ingrato sea
con los que le dan la vida!

Si algo lectores que os cuadre
hallais en tan breve historia,
no apartéis de la memoria
la sombra de vuestra madre.

Dentro del alma inocente
llevad mis palabras fijas
no olvideis cual, buenas hijas,
la flor, la aurora, y la fuente,

A. Fernandez Grilo.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vlchez.

(CONTINUACION.)

Y tomando la mano de la niña se adelantó con ella para buscar á Clara que, unida á su madre, hacia los honores de la casa con una bondad y una finura exquisita.

Un murmullo mal contenido se escuchaba doquiera al paso de Nina, que en nada fijaba su atencion en aquel momento, lo cual probaba la complacencia de todos los asistentes al tener la seguridad de que en breve iban á oirla.

—Cuán joven es! decían algunos al verla cruzar á su lado.

—Y qué linda y qué distinguida, murmuraban otros, que no la habían visto hasta entonces.

—Es una maravilla, añadían los que la conocían ya: verán ustedes que voz y que método y qué sentimiento; no se ha oído cosa más notable.

Nina entretanto había ido al sitio que ocupaba Clara, que la recibió con las mayores muestras de simpatía y deferencia.

Atraída por la juventud y la belleza de la niña, dejó á su madre el cuidado de atender á los otros convidados y se dedicó á ella, haciéndola sentar junto así, y dirigiéndola las frases más afectuosas.

Las dos jóvenes parecían tener una misma edad y como la bondad y la dulzura era el distintivo del carácter de ambas, pronto reinó entre las dos una dulce confianza. La timidez de la pobre hija de los campos se desvaneció ante la dulce sonrisa de Clara, y, sin saber como, fueron desde aquel instante íntimas y cariñosas amigas.

Mil preguntas inocentes, mil pueriles contestaciones establecieron una confianza estremada en aquellas jóvenes que se veían por primera vez.

Y eran las dos tan bellas! había en sus frentes tal candor, en sus miradas tanta pureza, que cualquiera al verlas las hubiera comparado á dos azucenas que brotando en el mismo prado y mecidas por la misma brisa, buscaban apoyo la una en la otra presintiendo las tormentas que amenazan descargar á su lado en el valle de la vida.

Cuando empezó el baile, las dos niñas se vieron solicitadas por mil jóvenes que se ofrecieron á servirles de pareja, pero ni una ni otra se decidieron á dejar sus asientos.

Nina porque jamás había bailado, y Clara por no separarse de su compañera.

D. Luis las observaba desde un extremo del salón murmurando de vez en cuando.

—Oh! sino estuviera cierto de que era ella, bastaría á dármele á conocer la emoción que se pintó en su rostro al verme, pero ¡qué cambiada está! y sobre todo como ha embellecido! Y la señorita Clara parece que la ha tratado toda su vida. Se diría que el corazón la revela el parentesco que las une. ¡Si yo pudiera lograr que mi señor la hablara ó se fijara en ella por un instante!

D. Luis no había concebido plan ninguno de antemano, pero quería á toda costa acercarse al marqués del Prado la hija del malogrado D. Diego. Se perdió entre la multitud y procuró llegar hasta su señor, que, dominando su tristeza y pa-

gando al mundo un tributo de cortesía y de finura vagaba por los salones hablando con unas, saludando á otros, y atendiéndolos á todos.

El señor de Vidal observaba desde lejos todos los movimientos del marqués, y hubiera dado un año de vida porque se dirigiese al lado de Clara donde hubiera llegado á hablar sin duda con Nina.

Pero esto no fué así y el bueno de Vidal nada podía hacer para lograrlo.

Terminado el baile llegó la hora de que los aficionados al divino arte de la música tomaran una parte activa en la fiesta.

Varias jóvenes de la aristocracia se acercaron al piano, y lucieran una, la maestría de su canto, otras la hermosura de su voz; recibiendo todas mil felicitaciones y mil plácemes.

Tocó por fin la vez á Nina.

La pobre joven no se hizo de rogar.

Sabía que si su presencia había sido solicitada en aquella casa, era solamente con el objeto de que mostrara al público impaciente que la rodeaba los tesoros de armonía que había depositado Dios en su garganta.

Ella era un objeto de lujo, un motivo de distracción.

Levantóse, pues, y dió su mano á Adrianesi que había venido á buscarla.

El maestro estaba impaciente, porque se hallaba seguro del triunfo.

—Cuidado, murmuró al oído de Nina mientras llegaba al piano, cuidado como cantas, mira que todos esperan mucho de tí.

La niña sonrió melancólicamente diciendo á media voz.

—Haré lo que pueda, maestro.

Adrianesi se sentó al piano.

Recorrió con su mano poderosa y ejercitada aquellas teclas que gimieron bajo sus dedos, y un mundo de armonía llenó los ambientes del salón.

Esto solo bastó para fijar la atención general.

En medio pues de un silencio profundo, la voz de Nina vibrante, arrebatadora, y sobretodo dulcísima, llenó los ambientes de aquella morada, estremeciendo al par todos los corazones.

La niña cantó de un modo admirable, de una manera imposible de describir.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

RESIGNACION.

(CONCLUSION)

La noche de este día de eterna separación, de este día en que fué consumado el gran sacrificio, Ursula después de haber prodigado á sus padres los últimos desvelos del día, se sentó á la cabecera de la cama de su madre y se inclinó hacia ella, mirándola con los ojos llenos de lágrimas que la ciega no podía ver. Cojió su mano suavemente y con voz conmovida la dijo:

—Madre mía! ¿me amais mucho, no es verdad? Mi presencia os alivia mucho y mis desvelos os son agradables? ¡Madre mía! ¿no es verdad que sentireis mucho que me separe de vos?

La ciega se volvió hacia la pared diciendo:

—Por Dios, Ursula, estoy fatigada, déjame descansar!

Aquella palabra de ternura que había ido á pedir como única recompensa de su incomparable sacrificio no fué pronunciada. La anciana ciega se durmió rechazando la mano que su hija le alargaba; pero entre las dos cortinas de sarga verde de la alcoba había un crucifijo de madera ennegrecido por el tiempo. Ursula estendió hacia su Dios aquellas manos que ninguna persona amiga quería estrechar sobre la tierra y arrodillándose junto á la cama de la ciega, estuvo mucho tiempo en oración.

Desde entonces Ursula se quedó más pálida, más silenciosa é inmóvil que antes. Estas nuevas lágrimas se llevaron sus últimos restos de juventud y de hermosura. Se envejeció en pocos días y ya no podía agradar á nadie. — «Todo se acabó,» esta es la frase que ella había pronunciado y por desgracia esta vez tenía razón, porque todo estaba concluido para ella.

No se oyó hablar más de Mauricio de Erval. Ursula le había agradado como un gracioso cuadro cuya melancolía había conmovido su alma: alejándose, los colores del cuadro se rebajaron y se borraron. ¡Se olvidó de ella! Oh! Dios mío ¡cuántas cosas se olvidan en el mundo!

Un año después de estos sucesos, la madre de Ursula cayó enferma. Su mal no tenía cura, porque era la vida que se extinguía sin conmociones ni padecimientos. Ursula veló, rezó junto al lecho de su madre, después recibió su último

suspiro con su última bendición. — Ahora te toca á tí Marta, exclamó, nuestra madre está cerca de tí, guíala hacia Dios! después vino á arrodillarse junto al viejo que se quedaba solo. Le visitó de luto sin que él lo advirtiese al parecer, pero dos días después de la muerte de la pobre ciega, cuando quitaron el sitio en que había estado sentada tantos años junto á su esposo anciano, este volviéndose hacia el sitio vacante, gritó: ¡Mi mujer! Ursula le habló y procuró distraerle; pero él repetía ¡mi mujer! y dos lágrimas bajaron por sus mejillas. Por la noche le llevaron su cena; pero volviendo la cabeza y con los ojos fijos en el sitio vacío exclamó aun ¡Mi mujer!

Ursula desesperada, ensayó todo lo que su dolor y su amor pudieron sugerirle.... el viejo idiota continuó inclinado hacia el sitio donde estaba el sitio de su esposa y rehusando todo alimento, con las manos juntas, miraba á Ursula repitiendo como un niño que pide le den alguna cosa. — ¡Mi mujer!

Al cabo de un mes se moría, y en sus últimos instantes, cuando el sacerdote puesto á su lado para hacerle pensar en Dios, creyó haber reanimado por un momento aquella moribunda inteligencia, viendo que el viejo juntaba las manos y miraba al cielo, le oyó exclamar por última vez. — ¡Mi mujer! cual si la viese vagar en el aire por encima de su cabeza. Cuando sacaron de la casita el ataúd de su padre, Ursula dijo: ¡Dios mío! ¡había merecido que me viese por más tiempo! y se quedó sola para siempre.

Todo esto pasó hace ya muchos años. Me fué preciso salir de la poblacioncita y separarme de Ursula. He viajado; pero los mil acontecimientos de mi vida, no han borrado de mi memoria la historia de aquella pobre jóven. Ursula como todas las almas quebrantadas que rehúsan consuelo se cansó de escribirme y después de vanos esfuerzos para inducirle á llorar de lejos conmigo he perdido sus relaciones. ¿Qué es de ella? ¿Existe aun? ¿Ha muerto? ¡Ah! La pobre jóven ha tenido siempre una suerte tan fatal que me temo que viva todavía.

FIN.

LEONTINA.

MATILDE BOURDON.

(Continuacion.)

No la dejo; quiero verlas.

—¡Qué exageracion! Va V. á ponerse mala tambien.

—Aunque así fuera, dijo Leontina con resolucion.

—¿Entonces no viene V.?

—Es imposible, amiga mia.

—En este caso estoy completamente fastidiada, pues contaba con V., dijo Julia con impaciencia.

¿Con quien iré ahora?

—No sé... Siento mucho...

—¡Ah! ¡qué ideal iré por la madre de Enrique Rouzière, que me acompañará satisfecha, y yo tendré un Rodrigon del todo respetable. Hasta más ver, Leontina. ¡Me escapo!

—Adios, querida Julia, ¡mil perdones! Ni una palabra de simpatia siquiera para mi pobre hija! dijo para sí Leontina al volver á la alcoba. ¡Cuan dura es la gente del mundo! Y Enrique...

No se atrevió á abismarse en los pensamientos que este nombre sugeria, pareciendole que un recuerdo culpable debiera ser fatal á su hija. ¡Oh! ¡Qué consuelo y esperanza hubiera encontrado á la sazón en una conciencia pura!

Juana no dormia: estaba agitada; la calentura la opresion de pecho, el dolor de garganta iba en aumento por minutos. Su madre se sentó desolada á su cabecera, aguardando al médico con vivas ansias. Este llegó, por fin, despues de una larga espera: echó á la niña una mirada penetrante, sentóse, tomóle el pulso, haciendo á Leontina varias preguntas, á las cuales no pudo contestar con toda presicion, por cuanto hacia ya tiempo no seguia á Juana con aquella vista solícita y perpicaz de las madres, que muchas veces tiene más alcance que la ciencia misma. Para subsanar esta falta de presicion, Leontina dirigió varias preguntas á su hija la que contestó con sencillez y resignacion diciendo que tenia frio y que en aquel momento le dolia la garganta. El doctor hizo algunas prescripciones; y salió anunciando que volveria al dia siguiente á primera hora. Leontina le siguió hasta la ante-

cámara para saber el juicio que habia formado.

—Es una angina, dijo; pero hay esperanza.

Esta palabra, dicha para tranquilizarla, tras pasó de parte á parte el corazon de la madre, que vislumbró al instante con la rapidez del rayo una serie de imágenes horribles en medio de las cuales se levantaba un remordimiento tardio é inutil... el remordimiento de la madre que no ha velado por su hija. Pero los cuidados que Juana reclamaba arrancaron á la madre de las garras del dolor. Mostróse activa, multiplicóse, y halló en sí misma una energia, una presencia de espíritu que nada hasta entonces habia revelado.

Mientras cuidaba á su hija, portándose de nuevo como verdadera madre, tuvo ocasion de observar las consecuencias de su negligencia anterior: halló los vestidos de la niña descuidados—sus borseguíes echados á perder, con señales visibles de haber penetrado en ellos el agua y el barro, y otros muchos indicios que acusaban la incuria de que Juana habia sido víctima, y acumulaban en la conciencia de la madre un fondo de amargura.

A media noche entró René. Al dirigirse segun costumbre á brazar á su hija, retrocedió de sorpresa viendo á su mujer pálida y anegada en llanto junto á la camita.

—Juana está mala, le dijo Leontina, poniéndole al corriente en pocas palabras.

René no era insensible, y al instante se sintió herido del mismo dolor que su esposa. Separados por la voluntad, encontráronse en una pena comun; sufrían lo mismo, experimentaba la misma inquietud, la misma angustia. Leontina comprendió que si de alguno podia recibir algun consuelo, era ciertamente de quien sufría como ella, con ella, y estaba unido á la niña con los mismos lazos. Como es natural toda la noche velaron juntos á Juana, que de hora en hora se iba poniendo mas mala. Por la mañana el médico no les dejó muy tranquilos, limitándose á decir:

—¡Aun no está todo perdido! Hay que luchar contra el mal palmo á palmo...

Los dos esposos no se dejaban: no se atrevían á hablarse, pero la mirada revelaba el exceso de inquietud que á ambos devoraba. Una ardiente calentura consumia la vida de la niña. La garganta se inflamaba, el pecho tenia poco aire; á cada instante con un movimiento brusco y convulsivo se desabrígaba para respirar, y el aliento intermitente y fatigoso que venia á espirar en sus labios daba indicios de no poder prolongarse mucho tiempo. Ningun sintoma favorable se presentó en ese mortal dia. René estaba quebrantado, abatido: sus fuerzas desfallecian: su

buen humor y jovialidad naturales habían desaparecido; no podía mirar el tierno y paciente rostro de Juana sin que sus ojos se anegasen en lágrimas, que ocultaba para que la niña, que conservaba todo su conocimiento, no comprendiese la gravedad del mal. Leontina, aunque traspasada de dolor, estaba al parecer más tranquila que su marido, presentando ese valor y ese tino admirables que son el patrimonio de las mujeres cuando disputan á la muerte un ser querido. Así que, mientras René desolado estaba llorando en un rincón con la cabeza oculta entre las manos, ella cuidaba á su hija, observando uno por uno todos los síntomas del mal, para enterar al médico con toda exactitud y minuciosidad.

Por la noche el médico confesó que ya casi no tenía esperanza; pero solamente Leontina había comprendido toda la extensión de sus temores. A eso de las once obtuvo de René que fuese á descansar algunas horas.

—Por la mañana, dijole, vendrás á relevarme. René consintió, porque tenía el alma y el cuerpo transido de dolor y fatiga. Leontina se quedó sola al lado de su hija. Miróla largo tiempo; presencié ese triste espectáculo de la infancia y de la inocencia luchando contra la muerte. Contempló aquella cara, ayer tan graciosa y animada, hoy amoratada con los signos precursores de la agonía. En esta soledad, pudiendo abandonarse libremente á su dolor, prorumpió en sollozos. Un cruel remordimiento derramaba en su desesperación un acre veneno; los últimos seis meses transcurridos se presentaban á su memoria; pensaba en la pasión perversa que había alimentado en su corazón, por cuya causa, si no había hecho traición á los deberes de la esposa, por lo menos había omitido, había abandonado los tiernos cuidados de la madre: las miradas culpables, los largos ensueños fomentados por una imagen que no era la de su marido, el peligro de su alma, el olvido de Dios, el olvido de las promesas hechas en el altar; todo la asaltaba, todo se presentaba á su imaginación, y cada uno de estos pensamientos traspasaba su alma como una flecha ardiente. Había irritado á Dios, y Dios la castigaba quitándole la inocente criatura que no era digna de poseer ni de educar, la hija que había olvidado, que había abandonado por una pasión loca y criminal. Atormentada por estas terribles reflexiones, paseaba sus miradas al rededor de sí como para encontrar un refugio; pero su vista preocupada no descubría en la sombra más que la frente pálida de Juana, sumergida á la sazón en un profundo sueño.

—¡Dios mío! dijo. ¿Que debo hacer? Señor, yo

soy culpable; pero ¡tened piedad, tened piedad de mí!

Dicho esto se prosternó, besó la tierra con la mayor humildad, y derramó abundantes lágrimas. Estas lágrimas aligeraban el peso de su conciencia. De repente acudióle una idea, un pensamiento venido del cielo. Pocos días antes para ponerse al abrigo de una fuerte lluvia, había entrado en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, y como no tenía deseos de orar (hacía seis meses que no oraba), se entretuvo en pasear su vista por los muros del templo, donde había varias inscripciones. Llamó en atención una de ellas con estas palabras grabadas en una placa de mármol:

ORÉ, Y FUÍ ESCUCHADO.

Fijóse despues en otras como la siguientes:

INVOQUÉ Á MARIA, Y QUEDÉ CONSOLADO

¡EN MEMORIA DE LA CONVERSION DE MI HIJO!

¡EN MEMORIA DE LA CURACION DE MI HIJA!

Estas inscripciones acudieron todas al pensamiento de Leontina, la cual se sintió animada de un sentimiento de amor y confianza hasta entonces desconocido. Púsose de rodillas, buscó con la mirada una imagen de María colocada en la cabecera de Juana, y juntando las manos dijo desde el fondo de su alma:

—Virgen Santísima, rogad por mí, interceded por Juana. obtened de Dios que me la conserve y cure! Madre mia, por las entrañas de Jesús no desoigas mis súplicas! ¡Yo soy culpable, he tenido pensamientos criminales, he caminado hacia el abismo; pero ya me detendré, ya me convertiré! ¡Os lo prometo, María! ¡Haced que Juana viva, y será buena cristiana! ¡La educaré para amaros! ¡Dios mío. por vuestra santa Madre, tened compasión de mí! ¡Virgen santa, por amor de vuestro Hijo, socorredme!

Permaneció de rodillas orando con un fervor y una fe indecible. La niña y René seguían durmiendo. Este último vino al cabo de dos horas, encontrando á la madre arrodillada al pié de la camita en que Juana descansaba con un sueño profundo. René se sobresaltó, inclinóse sobre la cabeza de su hija, y recobró su tranquilidad al ver que respiraba.

En este momento Leontina se había levantado y miraba á la niña, revelando en su semblante la confianza que reinaba en su interior.

—Pacece que no está tan mala, dijo el pobre padre; ¡acaso no morirá!

—Así lo espero, amigo mío, dijo Leontina apretándole la mano, como para comunicarle los sentimientos de que estaba animada.

—No está tan mala ciertamente, dijo el médico en su visita de la madrugada, después de un escrupuloso examen; si esta mejoría continua la habremos salvado.

—¿Oyes, querida? ¡Vivirá! exclamó René, transportado de alegría. Abrazó á Leontina, pero quedó sorprendido al ver sus ojos bañados de lagrimas. Jamás las había derramado tan dulces: la inefable Bondad le hacia sentir en su corazón; su misericordia infinita se manifestaba: su amor inmenso, su amor de Padre cobijaba con sus alas á la madre y á la hija!...

—Vivirá replicó Leontina. ¡Bondad de Dios! Juana seguía mejorando; su abatimiento había cesado y llamó á media voz á su padre diciendole:

—¡No llores más, querido papá! Pronto curaré; mira con que facilidad bebo!

René la abrazó con transporte y salió al momento. Volvió al cabo de hora y media echando sobre la camita un sin fin de lindos juguetes que hicieron brillar de alegría los ojos lánguidos de la enferma.

—¡Ay! Que linda casa! ¡y un corral! ¡corderitos con lana verdadera! y una hermosa muñeca!... Papá más me gusta la mía.

Sacó de dentro la cama una muñeca vieja objeto de sus delicias. Los padres sentían volver á la vida al ver esa alegría inocente, claro indicio de que el mal iba menguando. Al mediodía el médico, alarmista por carácter, dijo:

—La concidero como salvada... ¡En verdad la naturaleza tiene recursos increíbles!

—La naturaleza, dijo para sí Leontina, ¿y Dios?

En este instante recibió un billete; era de Teresa.

«Querida prima:

«Acabo de saber la enfermedad de tu Juana no me atrevo á venir á verte porque temo por mis niños, como comprenderás. Pero mi corazón está contigo, y he empezado una novena á la santísima Virgen por tu hija. Iré todos los días á Nuestra Señora de las Victorias. Tengamos confianza; María es la abogada de las madres. Mándame noticias detalladas, y recibe mil abrazos de tu prima,

Teresa.»

Julia también escribió: reclamaba una entrada

de baile que había dejado por olvido en casa de Leontina. La posdata del billete decía: «Espero que tu hija irá mejor.»

Al leer la carta de Teresa, Leontina notó con emoción la conciencia de sus pensamientos de la noche con los de su piadosa amiga.

—Ella rogaba por nosotros, dijo para sí. ¡Ah! Sin duda el Señor ha oído las oraciones de un alma tan pura. ¡Y Julia! ¿Pasa mucho cuidado de mi hija?

Al examinar las targetas de visita encontró las de Enrique Rouzière y de su madre. Este hallazgo la hizo temblar como si hubiese herido su corazón; pero armandose de firmeza, tomó esas targetas que dos días antes hubiera guardado como oro en paño, y las arrojó al fuego. Era un pequeño sacrificio, mas no por esto dejade tener su valor delante de Dios.

(Continuará.)

Villar del Rey. Señora doña C. S., recibidos los 12 rs.

Isla de Hierro. Señora doña A. B., tiene V. abonada su suscripción, y el no haber recibido los números, es por el atraso que han tenido.

Centa. Señor don H. A., sin duda por una equivocación dice en la suya que nos remite 12 reales, pues dicha cantidad no venia en su carta.

Cetina. Señor don F. T., en nuestro poder las tres pesetas que envía.

Roncesvalles. Señor don F. G., en nuestro poder las 24 pesetas, y anotadas 6 á cada uno de los suscritores servida la colección del 78 á don J. F., gracias por su bondad.

Ayamonte. Señora doña J. M., recibidos los sellos y servidas las tres suscripciones nuevas.

Cádiz. Señora doña E. A. R., recibidos los 26 rs., y en adelante puede hacer el pago del modo que le sea mas cómodo.

Cádiz. Señora doña C. D., recibidos los 6 rs., con los cuales deja pagado hasta fin de junio del 80, y le remitimos el número 32.

Alburquerque. Señora doña N. M., en nuestro poder los 6 rs., los números los recibirá conforme vayan saliendo.

Córdoba. Señora doña A. A., quedan anotados los 6 rs. que nos envía.

Armenteros. Señor F. A., contestando á su pregunta le diremos que adeuda en esta administración todo el año 79 y lo que vá del 80.

(Continuará.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia»